

—Nunca la pude llorar, ¿sabes?

La mujer se quedó parada, sin saber qué hacer. Semejante confesión no era propia de él, un guerrero temible, un mago pavoroso. No consentía a nadie pronunciar el nombre de su amada muerta hace siglos. Susurrarlo siquiera tenía como castigo la muerte inmediata, aplicada de forma rápida o lenta, indolora o agónica, en función de su estado de ánimo o de la cantidad de alcohol que circulara por sus venas.

Pero ella no era cualquiera. Se conocían desde hacía cuatro décadas, en realidad más, pues debía ser muy niña y los recuerdos de la infancia temprana se ahogan como las primeras gotas de lluvia.

Siempre hubo una química especial entre ambos. «Princesita», la saludaba; «Marinero», le contestaba. Con sus hermanas era diferente. Las tres recelaban del hombre, de sus intenciones, de su inmenso poder. Mantuvieron la distancia en las muchas visitas que hacía al palacio donde residían. Sus padres, los monarcas del Reino de las Tres Islas, se esforzaban hasta la extenuación en cumplir como buenos anfitriones, señal inequívoca del miedo que les infundía aquel ser.

Los años pasaron. Él continuó sus visitas. Los juegos y los cuentos quedaron atrás. Empezaron las historias sobre otros temas: geografía, historia, política, razas y monstruos, pero sobre todo, magia. Desde pequeña había sentido fascinación por los encantamientos. Las hijas de la reina Venus habían nacido con el don de sintonizar con los elementos, pero entre todas, ella destacaba.

Tal vez fuera ese el motivo de su amistad, si encaja en esa definición que un león se encariñe de una ratoncita, claro. Quizá por eso él se convirtió en su tutor en el arte de dominar el agua y el aire, disciplinas mágicas de Cara, pero también el fuego y la tierra, propias de Cruz. Probablemente, ese vínculo lo llevó a acompañarla durante sus primeros años en Canto, donde, a la muerte de su padre, sus hermanas la exiliaron. Sin su protección, su supervivencia en el filo de La Moneda, la tierra más dura y letal de todo Qíahn, hubiera sido diferente... o directamente inviable.

Aun así, sabía bien de su carácter inestable. Nunca la había atacado, pero una simple mirada con esos ojos profundos, absolutamente negros como el primer día de cada mes en Cruz, cuando las lunas no se atreven a salir, petrificaba el alma del más valiente, fuera humano o dragón.

Ni todo su poder la salvaría del más mínimo exabrupto de ira de su interlocutor. No correría el riesgo de molestarle, de poner en riesgo no ya su vida, sino todos sus planes futuros. Guardaría silencio.

Tras un puñado de segundos, él continuó.

—Recuerdo su mirada cálida, aún tendida en el suelo a pocos metros de mí, bañada en su propia sangre tras la caída al vacío desde el lomo de él, del maldito Dragón.

Un escalofrío recorrió su espalda. No lo podía evitar. La gravedad con la que se refería al Dragón Dorado, la inflexión de una voz ya de por sí gutural, siempre la estremecía. Tanto odio, tanta amargura, atenazaban el alma de cualquier mortal. Y ella era una mortal, todavía.

El hombre prosiguió su relato.

—No guardó nada de su poder para sí misma. Sacrificó toda la magia que le quedaba en salvarme, aunque eso la condenara. ¿Curioso, verdad? —una ligera sonrisa comenzó a esbozarse en su rostro, un retazo de humanidad, pero duró poco— Ahí estaba yo, malherido, luchando por no quedar inconciente mientras mi amada se extinguía ante mis ojos.

Permanecía sentado junto a ella, a su diestra, en el banco de mármol. Su posición no había variado un ápice: espalda perfectamente apoyada, piernas ligeramente separadas, manos sobre los rodillas. Describía el momento más trágico de su vida sin variar la postura, sin dejar de mirar al mar, al horizonte, a través de la balaustrada del balcón donde se hallaban.

—Me arrastré hacia ella. Quería tocarla, sentir su piel, su calidez. Ansiaba un último abrazo, un último beso. Quería aferrar su alma entre mis brazos, arrebatarle un último olor para conservarlo el resto de mis días... pero perdí el conocimiento. Cuando desperté, el único cadáver que faltaba era el suyo. Los dioses se habían encargado. Fracasé, y Mencía se fue sola.

Ella sintió como si el tiempo se hubiera detenido, como si las estrellas y los planetas hubiesen dejado de moverse, como si todos los seres inteligentes del universo hubieran girado sus rostros para observar con atención la escena. Allí estaba él, Tárkelor, el primer cazaexhalantes, un semidiós, desnudando su alma en el lugar más privado de los jardines de la Soberana de Canto, en Ciudad Filo, la capital del borde de La Moneda.

La Soberana se levantó con la elegancia propia de las grandes señoras y el porte de una reina. Miró un segundo al frente, a la misma línea del horizonte donde el sol del mediodía se erguía en lo más alto. A continuación, caminó decididamente hacia la enorme mesa de piedra tallada situada a dos metros de su posición. Sobre su superficie, grabada con los mapas de Cara, Cruz y el Canto conocido, reposaban libros, pergaminos, tablillas y decenas de miniaturas de madera y piedra simulando convoyes de barcos, unidades militares, monstruos y algún que otro dragón.

—Deberías echarle un vistazo a esto —dijo con voz firme y neutra, sin atisbo de emoción.

Tárkelor giró la cabeza en su dirección. Ambos se miraron directamente. Sus ojos hablaron.

—*Qué esperabas, ¿un “pobrecito”? ¿Un beso en la mejilla?* —pensó ella— *¡Por favor! ¡Eres el ser más poderoso de Qíahn después de los dioses y del Dragón Dorado! ¡Eso sería insultarte! Reponte y vuelve a tu lugar.*

—*Maldición* —pensó él—. *Pocos seres en este universo se han ganado mi respeto, quizás tú la que más, y te reduzco a una simple “buena y comprensiva chica”. Mensaje recibido.*

Sin dejar de mirarla, el guerrero se irguió. Sus dos metros de alto, su musculatura, su armadura, todo en él imponía. Ya no era un humano vulnerable. Había recuperado toda su intimidadora fuerza, todo su inmenso poder. Ante sí, la dueña del mundo más peligroso de Qíahn volvía a sentirse como un cristal frente a una roca. Y como siempre, no dejaría que él lo supiese.

—Mis hermanas han reducido sensiblemente el número de barcos en el Paso de las Sirenas, su ruta principal hacia Cruz a través de Canto —comentó ella, apuntando con su brazo derecho la marca once-lejana del mapa de Cara.

—Lógico. Esos seres son peligrosos. Si no cuentas con buenos arqueros, destriparán a tus marineros en cuestión de minutos —respondió él, sin apenas interés.

—Ese no era el trato —repuso con desagrado, ocultando y conteniendo sus emociones como tan bien sabía hacer—. Un bajel a la deriva, repleto de muertos, es mucho más fácil de abordar que un navío con toda la tripulación armada y dispuesta.

—Firmasteis ese acuerdo hace muchos años. Se lo habrán replanteado. ¿Y si resulta que tus hermanas tienen algo de iniciativa? —comentó él con cierta sorna.

—Sigues viéndolas como niñas, ¿verdad? —dijo ella, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—¿Debería sentirme intimidado por su minúsculas ambiciones?

Estaba claro: Tárkelor había vuelto. Ahora sabía como manejarlo, tal y como había aprendido durante su pasado juntos, una disciplina perfeccionada a lo largo de sus visitas más o menos regulares.

—¿Las mías también son minúsculas? —aguijoneó ella, girando y elevando su rostro hacia su antiguo mentor, recogiendo los brazos y cruzando los dedos de ambas manos.

—Algo menos minúsculas, pero más interesantes —respondió él con socarronería.

La mandíbula de la mujer comenzó a moverse involuntariamente, como si las palabras del contraataque verbal se resistieran a salir.

«Touchée», pensó él satisfecho, y siguió con su exposición, aunque con un nuevo aire conciliador.

—Recibes información cada mes sobre los convoyes de suministros: cuándo zarpan, origen, destino, ruta, manifiesto de carga. Controlas el contrabando entre mucho de los países de Cara y de Cruz, ese secreto a voces cuya existencia desmienten los amos de las naciones en aras de mantener la guerra entre ambas mitades de Qíahn. Ese pacto te ha encumbrado al trono de Canto y mantiene tu posición al frente de las Siete Velas, los siete clanes piratas. Te has hecho tremendamente poderosa, una verdadera amenaza. ¿Hasta cuándo creías que las gallinas iban a engordar al zorro?

—¿Por qué mis ambiciones son más interesantes? —comentó ella, variando la pose y con mirada encantadora.

Su antiguo mentor tenía razón, pero no iba a darle el gusto de confirmárselo: había que desviar la conversación. Y funcionó; no supo qué responder y perdió la ventaja.

La dialéctica apasionaba a Tárkelor, pero no era su punto fuerte. Durante su juventud, en sus primeros años como cazaexhalantes, había desdeñado ese arte. El combate era su obsesión. Nada como empuñar el acero y regarlo con la sangre del enemigo. Su sed de batallas nunca se saciaba y buscó la forma de matar más y mejor. Así fue como descubrió la magia, y con ella, el estudio. Fue un precio abonado con gusto. Su potencial para la guerra se incrementó exponencialmente, amedrentando incluso a los suyos.

Hasta tal punto llegó su superioridad que la lucha le aburrió. Necesitaba nuevos retos. «Dragones», pensó, «solo las criaturas más imponentes de Qíahn están a mi nivel».

Un dragón de tierra probó su espada y su magia. Luego otro de agua, dos más de fuego. La cacería le llevaba días, semanas, incluso meses. Nada podía igualarse. Volvía a sentir el peligro. Volvía a sentirse vivo.

En aquel momento intervinieron los dioses. Si bien detestaban a los dragones, no estaban dispuestos a que un humano, por muy inmortal que fuera, actuase sin su permiso. A fin de cuentas, ellos le habían concedido la vida eterna y ellos podían quitársela.

A regañadientes, Tárkelor acató la prohibición de cazarlos, pero impuso una condición: poder capturarlos vivos. Los dioses vieron con gusto su desafío. Someter a las criaturas más imponentes del universo, siempre rebeldes y desobedientes con ellos, constituiría un gran placer. Si además se convertían en simples bestias domesticadas, la humillación, el castigo, sería doble.

Así nacieron las primeras casas de dragones, o “dragonerías”, como las llama el pueblo, familias dedicadas al cuidado de esas maravillosas criaturas para servir como transporte aéreo de nobles y personajes importantes.

¿Y cómo se captura a un dragón vivo? Averiguando su nombre. ¿Y quién lo sabe? Las fuentes varían: consulta de textos escritos, interrogatorio de ancianos, exploración de cuevas antiguas, y la más arriesgada: el duelo dialéctico. Hay pocos retos a la altura de enfrentarse a la afilada inteligencia de una de estas criaturas. Solo los más locos, audaces y sabios al mismo tiempo, osan provocarles.

Tárkelor estudió para ser uno de ellos. Alcanzó un gran nivel, pero nunca estuvo entre los mejores. Su atención empezó a centrarse en otro sitio: el Dragón Dorado había regresado, y con él, su venganza, la represalia de una de los seres más poderosos del universo conocido.

Ojalá se hubiera instruido más. La mente de la Soberana rivalizaba con la de una dragona. Era una de sus facetas más estimulantes, uno de los motivos para visitarla.

—María, Obsidia y Selene son unas idealistas. Los años de sinsabores las han madurado, me consta, pero aún creen en gobernar con nobleza su país para que todos sus súbditos sean felices —dijo el semidiós, cogiendo dulcemente a la Soberana de la mano izquierda y llevándola hasta la balaustrada.

—Yo gobierno Canto como se merece y deseo hacerlo en el resto de Qíahn, simplemente porque lo haré mejor —matizó ella, mirando hacia abajo, hacia la increíble ciudad pirata que se extendía a sus pies, su orgullo, su morada.

Ciudad Filo es la población más grande de Isla Paraíso, el pedazo de tierra más famoso de todo el borde de Qíahn. Ocupa alrededor de cien de los setecientos kilómetros cuadrados de la isla, y alberga buena parte de sus habitantes: unos cincuenta mil.

Fruto de la inspiración y el esfuerzo de su regente, la mismísima Soberana de Canto, construido en pocos años gracias a los mejores y más creativos ingenieros y a la utilización de gran cantidad de magos, es el símbolo de su poder y la clave de su estrategia para unir a los clanes piratas: un puerto en el que guarecerse, un hogar donde criar a sus familias, una tierra por la que luchar.

Entre sus lugares más destacados, por citar algunos: el Barrio de las Mentes, con sus debates de pensadores y alquimistas; la Villa de la Magia, donde se forman y residen los magos; el Distrito de la Alegría, con sus recitales de música, poesía y teatro; las Manzanas de Eva, probablemente la mayor concentración de meretrices libres de todo Qíahn; el Espigón de la Muerte, donde se celebran los ritos funerarios, más el Dique de los Tiburones, el emplazamiento para el castigo de criminales.

Pero por encima de todos, como no podía ser de otra manera, su puerto: Dársena Libertad.

Formada por ocho muelles, siete para los clanes piratas y uno para la armada de la Soberana, registra un tráfico de barcos y mercancías tan variado como el de Puerto Guerra, en el Reino de la Selva y la Arena (Cara), aunque no igual de abundante, dado su tamaño menor. Es la joya de la ciudad, el lugar más protegido después del palacio de la regente. Provisto de grandes paredes-vela móviles, orientables mediante ingeniosos engranajes y poleas para redirigir el viento, le confieren el aspecto de un bajel gigantesco. Su función es crucial ante la fiereza de las corrientes de aire del Canto, las peores de toda La Moneda, garantizando un refugio sólido a marineros y embarcaciones.

—Si he construido este lugar desde prácticamente cero, qué no podría hacer con las ciudades de Cara y de Cruz —pronunció con convicción la Soberana, extendiendo los brazos para abarcar toda la capital con ellos.

—Envolverte con la bandera de la libertad para recompensar con la cadena de la servidumbre.

—¿Qué hay de malo? El ser humano piensa en la libertad pero tiende a la esclavitud. Tomar decisiones constantemente, ser dueña de tus actos, es demasiada responsabilidad para la mayoría de

las personas. El pueblo prefiere un líder que piense por ellos y les garantice una existencia suficientemente plácida, donde sus necesidades básicas estén cubiertas.

—En este lugar tú eres su dueña, más bien su tirana.

—Su tirana justa. En su memoria aún perviven los estragos ocasionados por las tensiones y las reyertas entre las familias piratas. Conmigo eso se terminó. Mis métodos fueron absolutamente necesarios, por expeditivos y condenables que fueran a ojos de “la buena gente”.

—La misma “buena gente” que ahora te defiende y aclama.

—Hice el trabajo sucio para conseguirles un lugar seguro. Ellos no se mancharon las manos. Yo sí. Soy su tirana, en efecto, pero su tirana justa.

—Solo te cobras su deuda.

—En efecto.

Tárkelor soltó una pequeña risa de complacencia. Había visto crecer a esa chiquilla esquiva e introvertida hasta convertirse en una gobernante resuelta y sin complejos. Estaba orgulloso.

—¿De qué libro aprendiste todo eso? —le preguntó, mirando a un grupo de gaviotas que sobrevolaban la lonja del pescado.

—Fueron varios, pero “El Príncipe” siempre ha sido mi favorito. Lo mantengo en la cabecera de mi cama, listo para consulta si olvido algún pasaje —contestó ella con una sonrisa—. ¿Qué me has traído hoy, por cierto? —continuó, dirigiendo su mirada hacia el macuto situado en el suelo, apoyado en la vara de lucha de Tárkelor.

Sin responder, él extendió su brazo derecho en dirección a su bolsa, elevándola con un chasquido de sus dedos y atrayéndola hacia sí. Cuando estuvo situada entre ambos, otro leve gesto de sus cejas hizo salir un gran volumen y un ejemplar mucho más pequeño.

La Soberana no pudo reprimir su alegría y abrió los ojos de par en par.

—¿Dos? ¿Hoy me regalas dos? —dijo cual niña a quien su venerada madre agasaja con doble ración de pastel— ¡Y uno es...! —añadió con emoción sincera, sonriendo y extendiendo impaciente su mano para atraparlo al vuelo.

—Sí, veo que lo has reconocido: “El Principito” —dijo Tárkelor con agrado—. Era uno de tus favoritos de niña y lo destruiste en uno de tus experimentos mágicos.

El guerrero sabía cuánto dolería ese recuerdo a su antigua discípula.

—Ese detalle era innecesario —contestó ella con evidente desagrado, aferrando el pequeño ejemplar contra su pecho, como si lo protegiera de un fuego pasado—. Te doy las gracias por obsequiarme una nueva copia. Este libro contiene grandes verdades, útiles a cualquier edad, ocultas bajo un título pueril y un halo de inocencia, como tus cuentos, ¿verdad, bardo?

Él sonrió con ganas, complacido porque su pequeña maldad la había transformado, durante un segundo, en esa niña que tanto lo divertía y que aún resistía escondida en su interior.

Estaba cansado de destruir, de matar, de huir. Dos siglos y varias décadas es demasiado tiempo para vivir solo y sin esperanza. Empezaba a pasarle factura. Precisamente allí, unos minutos antes, ni todo su poder había impedido que la nostalgia lo expusiera frente a ella. Quizá en otra ocasión le hablase del tema, o tal vez no fuera buena idea. Su instinto avisaba: esa mujer se había vuelto peligrosa incluso para él. Debía medir sus palabras. Todos tenemos un punto débil y él no era una excepción.

—Me ha costado mucho encontrarlo —dijo él, dando por zanjada la escena previa—. Parece como si los dioses hubieran resuelto la eliminación de todas las ediciones.

—¿Un libro sobre ballenas? ¿"Moby Dick"? —dijo ella, haciendo flotar el voluminoso tomo con una ligera corriente de aire surgida de su mano izquierda.

—Mucho más que eso.

—Entonces lo has leído.

—Sí, había oído sobre él de boca de muchos compañeros de mina. Hasta los enanos se sumergieron en sus páginas. Sentí curiosidad y lo leí.

—¿Sin utilizar la magia?

—Sí, a la vieja usanza, como los magos más ancianos.

—Tárkelor, ¿qué te está pasando? ¿Esos niños huerfanitos de la Tierra te están ablandando?

Bajo la apariencia de una broma inocente, las palabras de la Soberana escondían una segunda y malévolamente intención. Él se sintió molesto y reaccionó con debilidad.

—Recuerda tu sitio, niña. No juegues conmigo.

Intrigada, ella hizo una reverencia en señal de disculpa y acatamiento, diplomáticamente correcta para no agravar al semidiós, pero con un exquisito regusto a triunfo.

—En honor a ti y a tu generosidad, yo también lo leeré con mis ojos físicos y no los de la mente —dijo manteniendo la reverencia y sin despegar la mirada del suelo.

«Hoy ganas dos a uno, chiquilla», pensó él.

—Me marcho —dijo haciéndose con su bolsa y su báculo.

—¿Ya? —contestó ella con fingida angustia.

—Me apetece probar ese nuevo licor que ha llegado en tu último botín. Hay poco y no quiero quedarme sin mi parte —dijo mientras se ajustaba el equipo de espaldas a su anfitriona.

—Y recuerda: yo no voy a tu casa a romper tus cosas, así que no rompas las mías —advirtió ella con firmeza, pero sin llegar al grado de orden.

—Yo no tengo casa —repuso él sin girarse, con un matiz de amargura.

La Soberana quedó en silencio. Nunca había surgido el tema y no sabía cómo manejar la situación. Entonces él giró su cabeza hacia ella para precipitar la despedida.

—Princesita.

—Marinero.

Y se alejó caminando hacia la entrada a los jardines mientras ella le observaba, ambos en silencio, ambos sin nada que añadir.

Bienvenida a Qíahn, viajera: escoge lado, elige vida.

Feliz Día del Libro 2018

Javier Ordax